

NEW LEFT REVIEW 121

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO - ABRIL 2020

EDITORIAL

SUSAN WATKINS La década de la crisis británica 7

ARTÍCULOS

R. TAGGART MURPHY Japón: preservar el privilegio 25

FRANCO MORETTI ¿Alegorizar siempre? 63

MICHAEL BURAWOY Historia de dos marxismos 76

DYLAN RILEY Réplica a Burawoy 113

ZEP KALB Y
MASOUMEH HASHEMI Los Universal Studios
de Teherán 123

CRÍTICA

ROB LUCAS El negocio de la vigilancia 149

EMILIE BICKERTON La Nueva Ola de Hollywood 161

JACOB COLLINS Travesías del Rin 171

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

PREFACIO

Una nota personal: esta contribución se preparó para el Festschrift de Erik Olin Wright en la Universidad de Wisconsin, Madison, en noviembre de 2019. Mi agradecimiento a Dylan Riley, Greta Krippner e Ivan Ermakoff por su constructiva crítica. También a Marcia Wright por sus sugerencias sobre un texto que no es fácil de equilibrar. Durante más de cuarenta años Erik fue un amigo íntimo, regularmente leíamos y comentábamos nuestros trabajos. Pasamos mucho tiempo juntos en Berkeley, Madison y en muchos otros sitios. Ahora, al tratar de plasmar su trayectoria durante el último medio siglo, inevitablemente he abordado la tarea con la parcialidad de un compañero muy próximo. Siempre tuvimos nuestras diferencias y en ocasiones se manifestaron en público, pero no creo que ello afectara nunca a nuestra relación. Por el contrario, nuestras divergencias fortalecieron nuestra colaboración, en gran medida porque teníamos un proyecto común. Erik siempre era el más razonable y dispuesto a ceder, yo el más irracional e inflexible. Siempre intentaba encontrar por todos los medios un núcleo racional en mis objeciones, aunque no lo hubiera. Yo, por otro lado, señalaba los fundamentos no racionales de su racionalismo trascendente. En esta cita con su trabajo, sé que Erik no hubiera querido que me mordiera la lengua, pero también sé que habría querido participar y discrepar. Por eso he tenido que ser más cauteloso que en el pasado, porque tristemente, por primera vez, no está aquí para responder. En mi intento por ser fiel a nuestra relación y para clarificar el punto de vista desde el que evalúo su vida y su obra, he utilizado notas al pie de página para presentar algunos de nuestros desacuerdos. Referirme a Erik por su nombre de pila, algo poco ortodoxo en un texto como este, me mantiene centrado tanto sobre él como sobre su trabajo y me ayuda a mantener vivo su espíritu llevando sus ideas adelante; porque él siempre estaba orientado hacia el futuro.

Michael Burawoy

HISTORIA DE DOS MARXISMOS

En recuerdo de Erik Olin Wright (1947-2019)

EN 1970 Alvin Gouldner podía anunciar con confianza que la edad de oro de la sociología occidental estaba acabada¹. El movimiento de los derechos civiles, el movimiento feminista, las protestas contra la guerra y el creciente radicalismo contra el Estado, habían servido para desinflar el triunfalismo estadounidense de la posguerra y la sociología que había engendrado. El proclamado «fin de la ideología» —la idea de que Estados Unidos había superado los principales desafíos de la modernidad— resultó ser la «ilusión de la época» (una frase hasta entonces reservada para el marxismo). Ahora habían cambiado las tornas: para la nueva generación, la corriente dominante de la sociología se consideraba como una ideología que cubría las profundas patologías de la sociedad estadounidense. Injusticias demostrables desmentían las afirmaciones de la «teoría del consenso» dominante².

¹ Alvin Gouldner, *The Coming Crisis of Western Sociology*, Nueva York, 1970; ed. cast.: *La crisis de la sociología occidental*, Buenos Aires, 1973. Para aquellos que estén interesados en una valoración de la obra de Erik como parte del renacimiento marxista en la sociología estadounidense de las décadas de 1970 y 1980 véase, Jeff Manza y Michael McCarthy, «The Neo-Marxist Legacy in American Sociology», *Annual Review of Sociology*, vol. 37, 2011, pp. 155-183.

² El exponente más destacado de la teoría del consenso —la idea de que la sociedad se mantiene unida por valores compartidos— fue Talcott Parsons, el sociólogo de Harvard cuya *Structure of Social Action* (1937) reinventó la sociología mediante la síntesis de los escritos de Weber, Durkheim, Marshall y Pareto. El programa de investigación que dirigió Parsons llegó a conocerse como «funcionalismo estructural»; su hipótesis era que las instituciones de cualquier sociedad tenían que desempeñar cuatro funciones básicas: adaptación, consecución de objetivos, integración y latencia. Este programa dominó la sociología estadounidense de posguerra e influyó sobre disciplinas vecinas de una manera que la sociología no ha vuelto a hacer. El propio Erik se había quedado impresionado por el sistema de

Gouldner tenía razón al identificar la crisis de la sociología, pero no anticipó cómo los movimientos sociales de la década de 1960 y las ideas que generaron –feminismo, teoría crítica de la raza y marxismo– catalizarían una renovación de la disciplina. Reflexionando sobre esa renovación una década más tarde en *The Two Marxisms* (1980), Gouldner detectaba dos tendencias, opuestas pero también interdependientes: el marxismo científico y el marxismo crítico³. De manera resumida, el marxismo científico parte de una comprensión racional de la sociedad, que postula el determinismo de las estructuras objetivas. Desvela las tendencias históricas que conducen al socialismo cuando las condiciones estén maduras. Los conceptos reflejan mecanismos reales; la política es un epifenómeno; la ideología es la distorsión de la verdad. Por otro lado, el marxismo crítico parte de la ubicuidad de la alienación, que bloquea el potencial para la autorrealización humana. Resalta la intervención humana contra la inflexibilidad de las estructuras objetivas: la historia no tiene un fin predeterminado, sino que es el producto de la movilización colectiva. Desde la perspectiva del marxismo crítico, los conceptos existen para interpretar procesos sociales; la política constituye el escenario para la realización de valores absolutos; la ideología es una fuerza moral. En tiempos revolucionarios, el marxismo crítico y el científico pueden formar una unidad contradictoria, pero en tiempos no revolucionarios es más fácil que cada uno vaya por su camino.

análisis de Parsons cuando asistió a su curso en Harvard. El funcionalismo estructural también fue una sociología de la Guerra Fría, que celebraba las virtudes de la sociedad capitalista estadounidense frente a la Unión Soviética y su ideología en «bancarrota». Pero entró en desuso en la década de 1970 cuando el marxismo, totalmente ignorado por Parsons, disfrutó del resurgimiento junto a crecientes demandas de justicia social.

³ Alvin Gouldner, *The Two Marxisms*, Nueva York, 1980. Gouldner (1920-1980) venía de una generación anterior de izquierdistas, pero era un «utópico real» instintivo a la búsqueda de los momentos emancipadores presente en la sociología y en el mundo que describía. En su primer estudio, *Patterns of Industrial Bureaucracy* (1954), Gouldner se interrogaba sobre el significado de la «burocracia» basándose en un estudio sobre una fábrica de yeso existente en el norte del estado de Nueva York. Reconociendo la existencia de diferentes tipos de burocracia –«representativa», «punitiva», «simulada»– cuestionó la perspectiva monolítica de Weber sobre la burocracia y el pesimismo que implicaba, un pesimismo que recubría en aquella época la sociología de las organizaciones. En *The Coming Crisis of Western Sociology* amplió su primera crítica de la sociología dominante de las décadas de 1950 y 1960 para abordar una sociología sistemática de la sociología. Igual que trataba de recuperar el momento liberador de la sociología, Gouldner identificó rápidamente los elementos conservadores presentes en el marxismo. En *The Future of Intellectuals and the Rise of the New Class* (1979), Gouldner contemplaba el marxismo como una ideología de la intelectualidad que le llevó a una teoría de los intelectuales como una «clase universal defectuosa».

Concebidos para reflejar la enmarañada historia del marxismo, estos dos marxismos también enmarcan la biografía intelectual de Erik Wright. En la década de 1970 sus marxismos científico y crítico estaban unidos, pero después se separaron cuando cada uno desarrolló su propia trayectoria autónoma. El marxismo científico de Erik fue el programa de análisis de clase que le dio por primera vez renombre internacional. Iniciado en los años de la facultad, fue apagándose en las dos últimas décadas de su vida, cuando desempeñó un papel secundario frente al marxismo crítico del Proyecto de Utopías Reales, que puso en marcha a principios de la década de 1990. Sus escritos muestran una interacción notablemente escasa entre estas dos tendencias, porque cada una se desarrolló independientemente de la otra. *Erik pasa de un análisis de clase sin utopía a una utopía sin análisis de clase.* ¿Por qué discurrió su vida intelectual a lo largo de estas pistas separadas, especialmente habida cuenta de su convergencia inicial? ¿El marxismo crítico y el científico son hostiles en última instancia, mostrando las oposiciones binarias identificadas por Gouldner? O, como argumentaré, ¿las razones de la divergencia se encuentran en el contexto político en el que él escribió y en su cambiante relación con la sociología? La separación no es inevitable. En realidad, al final de su vida hay indicios de una reconexión de la ciencia y la crítica, que abogaban por una elaboración más detallada para continuar su legado.

Por ello, el texto que viene a continuación se divide en cuatro partes: el primer marxismo de Erik, donde la ciencia y la crítica van unidas; el marxismo científico del análisis de clase; el marxismo crítico de las utopías reales; y mis propuestas para volver a unir ciencia y crítica.

I. EL PRIMER MARXISMO

En primer lugar tenemos que recordar el camino de Erik hacia el marxismo. Después de graduarse en Harvard en estudios sociales en 1968, Erik pasó dos años en Oxford buscando una segunda licenciatura y empapándose de sociología y política con Steven Lukes y de historia con Christopher Hill. Eran años turbulentos, con el marxismo prosperando a ambos lados del Atlántico y capturando las mentes de una nueva generación de científicos sociales. Para evitar el reclutamiento Erik se había matriculado en el seminario Unitario-Universalista de Berkeley. Eso fue incluso antes de que fuera a Oxford, donde aseguraría que estaba estudiando religión, ¡la revolución puritana en Inglaterra! Cuando regresó a

Estados Unidos en el otoño de 1970, se matriculó como estudiante regular en el seminario. Como parte de sus estudios organizó un taller, llevado por los propios estudiantes, titulado «Utopía y Revolución». Así lo recordaba:

Durante diez semanas estuve reuniéndome con una docena más o menos de estudiantes de diversos seminarios de la Berkeley Graduate Theological Union para discutir sobre los principios y perspectivas de una transformación revolucionaria de la sociedad estadounidense y del resto del mundo. Éramos jóvenes y entusiastas, estábamos animados por el idealismo de los movimientos por los derechos civiles y contra la guerra y por las corrientes contraculturales opuestas al individualismo competitivo y al consumismo. Discutíamos las posibilidades del derrocamiento revolucionario del capitalismo estadounidense y las ramificaciones de la «dictadura del proletariado», así como la posibilidad de la subversión contracultural de las estructuras de poder y dominación existentes mediante modos de vida alternativos⁴.

Otra parte del programa del seminario era la elección de un trabajo de campo donde prepararse para el trabajo sacerdotal. Erik escogió la prisión de San Quintín donde fue capellán estudiantil. Igual que había grabado y mecanografiado cada sesión del taller de «Utopía y Revolución», ahora escribía asiduamente las notas de campo que se convertirían en su primer libro, *The Politics of Punishment* (1973), con contribuciones adicionales de abogados, reclusos y periodistas. Aquí, Erik presentaba el crimen y el castigo desde una perspectiva radical, y hacía una crítica del modelo correccional calificándolo de «liberalismo totalitario», seguida por detalladas descripciones de las condiciones de vida en San Quintín. A continuación venían cuatro capítulos sobre violencia, racismo y rebelión en la prisión de Soledad en California, escritos por el jefe de psiquiatría, por un recluso, por un abogado representante de los Soledad Brothers y por un escritor del Colectivo de Derecho Penitenciario. La última parte del libro tiene tres capítulos escritos por sus colaboradores sobre revueltas de reclusos, cambios legislativos y tribunales. Erik escribe un capítulo final sobre la reforma de las prisiones en el que sostiene que cualquier cambio significativo exigiría la transformación de la sociedad. *The Politics of Punishment* tomaba una posición radical en contra de las cárceles y anticipaba de muchas maneras el punto de vista crítico de los estudios contemporáneos sobre el encarcelamiento. La ciencia y la crítica iban unidas en la precoz etnografía de Erik sobre la vida en la prisión.

⁴ Erik Olin Wright, *Envisioning Real Utopias*, Londres y Nueva York, 2010, p. ix; ed. cast.: *Construyendo utopías reales*, Madrid, 2014.

Por raro que parezca, el seminario de teología se convirtió en una incubadora del radicalismo de Erik, ya modulado por un embrionario marxismo que bañaba los mundos intelectuales por los que viajaba. Al igual que muchos otros, su radicalismo encontró un hogar en la sociología de la época llevándole a matricularse en el departamento de sociología de Berkeley. Al respecto escribió:

De todas las ciencias sociales, la sociología me parecía ser la menos disciplinaria; tenía las fronteras más difusas. Pero incluso más significativamente, la sociología ha valorado sus propias tradiciones marginales de una manera que otras ciencias sociales no hacen. Incluso sociólogos antimarxistas reconocen la importancia de Marx como uno de los fundadores intelectuales de lo que se ha convertido en sociología⁵.

Más tarde diría que, una vez allí, estaba claro que el marxismo era la única alternativa. Ciertamente, el marxismo estaba floreciendo en el Área de la Bahía [de San Francisco], no solo en el departamento de Sociología, sino también en diversos grupos de discusión entre los que estaban los editores colectivos del periódico *Kapitalistate*, dirigido por James O'Connor, la sección local de la Union for Radical Political Economics, la Union of Marxist Social Scientists, de orientación socialista, y el *Berkeley Journal of Sociology*. Erik participaba en todos ellos⁶.

⁵ E. O. Wright, «Falling into Marxism; Choosing to Stay», en Alan Sica y Stephen Turner (eds.), *The Disobedient Generation*, Chicago (IL), 2005, p. 338.

⁶ La sociología atraía a los marxistas, especialmente donde era una novedad. Muchos tenían una visión triunfalista que les llevaba a querer apoderarse de la disciplina. Escribiendo desde Suecia, Göran Therborn concluía: «Lo que el actual estudio indica no es ni la convergencia ni la síntesis, sino una *trascendencia de la sociología* similar a la trascendencia de Marx de la economía clásica y el desarrollo del materialismo histórico como *la ciencia de la sociedad*. Sin embargo, señalar una tarea no es lo mismo que realizarla. El grado en que estas posibilidades se demuestren capaces de realizarse no dependerá solamente de acontecimientos intracientíficos. El ascenso y formación de las ciencias sociales estuvo determinado por las luchas de clases de determinadas sociedades históricas y, sin ninguna duda, lo mismo sucederá con su progreso o estancamiento. Por ello, la cuestión de un futuro desarrollo de las ciencias sociales en la dirección del materialismo histórico sigue abierta, por encima de todo para aquellos de nosotros que estamos comprometidos con trabajar por ello». Véase G. Therborn, *Science, Class and Society*, Londres, 1976, p. 429 (cursiva en el original) [ed. cast.: *Ciencia, clase y sociedad. Sobre la formación de la sociología y del materialismo histórico*, Madrid, 1980]. Yo estaba en Zambia en aquel momento (1968-1972) aprendiendo a ser un sociólogo y allí también el marxismo tenía una poderosa presencia. En aquellos días, en Asia, América Latina y África, el marxismo desafió y a menudo abrumó a todas las ciencias sociales importadas del Norte Global. Mientras que la antropología y las ciencias políticas tenían sus tradiciones, la sociología era una disciplina nueva, vulnerable a invasiones externas pero también profundamente comprometida con el marxismo.

En aquellos días, el departamento de Sociología de Berkeley estaba sumido en el caos y dividido en facciones enfrentadas por los dramas políticos del campus⁷. Ahora es difícil apreciar la magnitud de una agitación que había empezado en 1964 con el Free Speech Movement y que alcanzó su momento álgido en los años 1968-1970: el curso impartido por Eldridge Cleaver (que el Consejo de Rectores trató inútilmente de evitar); las huelgas convocadas por el Third World Liberation Front, que dieron lugar a la creación del departamento de Estudios Étnicos; la defensa del People's Park, que llevó al gobernador Reagan a llamar a la Guardia Nacional, y las marchas contra la guerra que regularmente se encontraban con la violencia policial. En aquellos años, la participación del profesorado en el departamento de Sociología se redujo al mínimo, porque los estudiantes organizaban sus propios talleres. El más duradero fue «Controversias actuales en la ciencia social marxista», que Erik se llevaría a Wisconsin donde se convirtió en el legendario seminario de Sociología 621-622, un curso que ofreció primero anualmente y luego cada dos años hasta 2017. Aquí Erik enseñaba su versión del marxismo a estudiantes de posgrado de todo el mundo⁸.

⁷ Charles Glock, que dirigió el departamento durante aquellos años (1967-1968 y 1969-1971) escribió: «La antesala del departamento se parecía a un centro de reclutamiento de causas izquierdistas. Destacaba un retrato de Che Guevara junto a otros posters revolucionarios. El profesorado al que el personal consideraba en el bando equivocado era atendido con el mínimo de cortesía y respeto que se consideraba necesario». Citado en Michael Burawoy y Jonathan VanAntwerpen, «Berkeley Sociology: Past, Present and Future», texto inédito, 2001, p. 14.

⁸ El curso fue cambiando con el tiempo. Erik lo impartió por primera vez en su segundo semestre en Madison en la primavera de 1977, momento en el que se basó en el curso original de Berkeley. En 1979-1980 se convirtió en Sociología 621-622, un curso de dos semestres, el primero, «Introducción a la ciencia social marxista», y el segundo, «Metodología del materialismo histórico». Los temas eran: «Clases», «Economía política del modo de producción capitalista», «Imperialismo», «Base y superestructura», «Ideología y conciencia», «Estado, socialismo y la metodología del materialismo histórico». En 1983-1984 había añadido dos temas: «Raza y clase» y «Marxismo y feminismo». «Base y superestructura» y «El Estado» fueron fundidos en «Teoría del Estado y la política», mientras que «Imperialismo» y «Socialismo» desaparecieron como temas diferenciados. El programa pasó de tener unas impresionantes treinta y ocho páginas mecanografiadas a un solo espacio en 1979-1980, a unas todavía más impresionantes cuarenta y seis páginas en 1983-1984. En 2017, el programa era enorme, ochenta y siete páginas, pero el curso había sido reducido a un solo semestre, impartido en años alternos. Ahora los temas eran: «Establecer la agenda (el marxismo como ciencia social emancipadora)», «Estructura de clase», «Formación de clase», «Teoría del Estado y política», «Ideología y conciencia», «Teoría de la historia», «Socialismo y emancipación». Mientras que en 1979 no había necesidad de justificar un curso sobre marxismo, cuando su popularidad fue disminuyendo Erik introdujo los correspondientes razonamientos al respecto: el marxismo ofrece herramientas para un proyecto radical de cambio social igualitario; el mar-

El planteamiento de Erik quedó plasmado en su segundo libro, *Class, Crisis and the State* (1978), publicado por New Left Books, que le proporcionó atención internacional. Se basaba en tres ensayos que había escrito entre 1974 y 1976 publicados en la *NLR*, en *Insurgent Sociologist* y en el *Berkeley Journal of Sociology*. El primero de ellos ofrecía su novedosa y elegante reconstrucción de la concepción marxista de la clase, el segundo consistía en una historización de las contradicciones y crisis de la acumulación de capital, y el tercero presentaba una yuxtaposición de los escritos de Lenin y Weber sobre la persistencia de la burocracia. Este tercer ensayo finaliza con una disquisición sobre los debates sobre el Estado que estaban de actualidad en aquél momento: ¿se trataba de un «Estado en la sociedad capitalista» que si se conquistaba de algún modo, incluso a través de medios electorales, podía ser utilizado para la consecución del socialismo?, ¿o era un «Estado capitalista» dotado de su propia y específica «autonomía relativa», que inherentemente reproducía las relaciones capitalistas y por ello tenía que ser destruido y reemplazado por un Estado socialista? Erik consideraba ambas posiciones deficientes, argumentando que si se conquistaba el Estado capitalista con un creciente apoyo popular, el Estado podía ser transformado desde dentro sin ninguna «destrucción». Esta fue la posición que mantendría hasta el final de su vida. De estos tres ensayos, el que trata de las dinámicas del capitalismo nunca llegó a desarrollarse; estuvo notablemente ausente de su análisis de clase y de las estrategias de su Proyecto de Utopías Reales.

2. EL MARXISMO CIENTÍFICO: EL ANÁLISIS DE CLASE

El radicalismo de los primeros escritos de Erik unió el análisis de clase y la imaginación utópica para formar un singular proyecto marxista, pero, ¿qué relación tenía esto con la sociología? En 1987 escribía: «Al principio tenía visiones de gloriosos combates entre paradigmas, con lanzas levantadas y un valiente caballero marxista desmontando al rival burgués en una dramática justa cuantitativa. Es más, la fantasía veía al

xismo ofrece un marco teórico ejemplar; el marxismo ofrece un poderoso programa de investigación explicativa. En los vertiginosos días de finales de la década de 1970, Erik había hecho hincapié en el aspecto «explicativo», pero en 2017 el énfasis se ponía en el marxismo como una ciencia social «emancipadora». El título del curso pasó de «Ciencia social marxista» a «Marxismo sociológico». Durante toda su duración, Erik no descartó anteriores lecturas, sino que añadió otras nuevas a medida que cambiaba su propia perspectiva personal, de ahí el monumental programa. Aunque ponía juntos el análisis de clase y las utopías reales, no creo que casara ambos.

vencido admitiendo la derrota y acabando por cambiar de bando»⁹. De los tres ensayos de *Class, Crisis and the State*, sería el de la clase el que le enredó con los sociólogos.

Erik sostenía que el marxismo nunca había lidiado satisfactoriamente con los límites de la teoría original de Marx sobre la polarización de clases. Una y otra vez, los sociólogos hacían hincapié en que la característica definitoria de las estructuras modernas de clase era el ascenso de las «clases medias». Era la crítica más frecuente que la sociología dirigía contra el marxismo. La respuesta marxista más habitual era sostener que el ascenso de las clases medias era una ilusión que señalaba la eficacia de la ideología burguesa: la mayoría de la clase media eran trabajadores asalariados que deberían ser agrupados con el proletariado. Otros marxistas se negaban a aceptar semejante subterfugio y se referían a la clase media como una nueva clase –una nueva pequeña burguesía, una clase de servicios, una clase de gestión profesional–, pero pocos basaban sistemáticamente sus argumentos en una teoría más amplia de la estructura de clases.

Erik sostenía que en el capitalismo hay esencialmente tres clases fundamentales: capitalistas (empleadores), trabajadores (asalariados) y pequeña burguesía (autoempleados). Pero también aparecían tres posiciones intermedias, situadas entre las clases fundamentales: directivos y supervisores (entre el capital y el trabajo); pequeños empleadores (entre la pequeña burguesía y el capital), y empleados semiautónomos (entre la clase trabajadora y la pequeña burguesía). Estas posiciones intermedias se convirtieron en las famosas «localizaciones contradictorias de clase», posiciones que compartían características de las dos clases adyacentes. Erik mostraba que, utilizando estas medidas, el tamaño de la clase trabajadora supera en mucho al que le atribuyen definiciones rivales, especialmente la desarrollada por Nicos Poulantzas en *Les classes sociales dans le capitalisme aujourd'hui* (1974). Se preguntaba en qué condiciones aquellos que estaban en localizaciones contradictorias de clase adyacentes a los asalariados –directivos, supervisores, empleados semiautónomos– se unirían a la clase trabajadora en la prosecución del socialismo.

⁹ E. O. Wright, «Reflections on Classes», *Berkeley Journal of Sociology*, vol. 32, 1987, p. 44. Erik citaría estas dos frases repetidamente y en diferentes momentos de su carrera. Por ejemplo, en «Falling into Marxism; Choosing to Stay», cit., p. 338 y *Understanding Class*, Londres, 2015, p. 1; ed. cast.: *Comprender las clases sociales*, Madrid, 2018. Siempre que lo hacía era para señalar lo lejos que había llegado desde su visión original de una lucha valiente. Al final resultó que sus debates con la corriente dominante de la sociología eran menos frecuentes e intensos que los que mantenía con otros marxistas.

Erik sostenía que la prosecución de intereses *inmediatos* por parte de aquellos que estaban en localizaciones contradictorias de clase podía obstaculizar el avance de los intereses comunes de clase *fundamentales*, pero nunca puso a los ocupantes de esas localizaciones contradictorias operativos como una fuerza histórica, ni siquiera como una fuerza ambigua. En vez de ello, en su tesis doctoral, Erik establece su retrato de la estructura de clase en relación con la teoría de la búsqueda de estatus de los sociólogos y con la teoría del capital humano de los economistas para explicar la desigualdad de ingresos¹⁰. Utilizando los datos existentes, pudo sostener la idea de que su novedoso modelo marxista sobre las clases funcionaba por lo menos igual de bien que los modelos rivales de la sociología y la economía. ¿Por qué había elegido el terreno de la investigación cuantitativa como un medio de decidir entre marxismo y sociología? En primer lugar, y más obviamente, en aquel momento la estratificación estaba en el centro de la teoría y la investigación sociológica. Se sostenía que la estratificación, medida en términos de la escala de prestigio de las ocupaciones o del posterior estatus socioeconómico, reflejaba un consenso subyacente en el valor de la jerarquía social. También era el terreno de un importante avance metodológico en los modelos estadísticos, conocido como el análisis de ruta, iniciado por Peter Bau y Otis Dudley Duncan en *The American Occupational Structure* (1967). Erik consideraba el trabajo cuantitativo como una manera de legitimar el marxismo dentro de la sociología, incluso de demostrar su superioridad como ciencia. Al mismo tiempo admitía que también sería una manera de avanzar en su carrera académica¹¹.

El modelo de la estructura de clases de Erik se volvió muy conocido tanto en círculos marxistas como sociológicos, pero apenas llevó a combates de gladiadores; la sociología no lo percibió como una amenaza y en vez de ello fue fácilmente absorbido por la disciplina. En 1987, con una desarmante honestidad típica de sus planteamientos intelectuales, hacía la siguiente confesión:

¹⁰ Su disertación fue publicada pronto como *Class Structure and Income Determination*, Nueva York, 1979.

¹¹ Erik escribió: «De joven era un alumno muy ambicioso, ambicioso en mi investigación de lo que yo consideraba que era la “verdad”, pero también ambicioso por el estatus, el reconocimiento, la influencia, la posibilidad de viajar por el mundo. Embarcarse en una línea de investigación anclada en una investigación convencional mediante encuestas ofrecía tangibles recompensas», «Falling into Marxism; Choosing to Stay», cit., p. 339. Pero realmente Erik nunca obtuvo el reconocimiento del mundo académico que merecía su reputación internacional, su extraordinario historial y su brillante trayectoria en la enseñanza. Nunca le oí quejarse de ello y dudo que incluso se le pasara por la cabeza. Se consideraba excesivamente privilegiado y lo era, pero su autoafirmado marxismo todavía irritaba a muchos. Nunca se le asimiló por completo.

Lo realmente sorprendente durante la década pasada es el escaso debate riguroso que se ha producido dentro de la sociología dominante en respuesta a la avalancha de la investigación neomarxista. Por lo general yo he sido incapaz de provocar unas respuestas sistemáticas a mi investigación por parte de los sociólogos convencionales, ni teóricas ni empíricas [...]. Por lo que puedo decir, el principal impacto de mi investigación sobre la corriente dominante de la sociología es que ahora es más probable que ciertas «variables» se incluyan en las ecuaciones de regresión. Lo que yo imaginé como un amplio desafío teórico a la «sociología burguesa», respaldado por una sistemática investigación empírica, ha acabado en la apropiación pragmática de ciertos elementos, aislados del marco conceptual utilizado, con poca atención a cuestiones teóricas abstractas¹².

Después de despojar al marxismo de la política, de dejar de lado las contradicciones del capitalismo, de abandonar la historia —especialmente la historia como historia de la lucha de clases— y después de reducir el análisis de clase a un determinado conjunto de variables independientes, los sociólogos de la corriente dominante estaban muy cómodos con el marxismo multivariado de Erik. Si esto era el marxismo, entonces adelante.

El trabajo cuantitativo puede que no produjera nuevos hallazgos importantes, pero obligó a Erik a elaborar definiciones más claras de sus categorías de clase. Al tener que «operacionalizar» el concepto de clase, la localización contradictoria que había denominado «empleados semiautónomos» resultó ser especialmente difícil de definir de una manera coherente. Realmente, enfrentarse a esta ambigüedad fue un estímulo para renovar el fundamento de su estructura de clases, siguiendo la teoría de la explotación desarrollada por el economista en ciernes John Roemer¹³. Ahora, Erik reconstruyó su propia teoría de la explotación alrededor de la distribución de diferentes activos: fuerza de trabajo, medios de producción, organización, capacidades o credenciales. El feudalismo se centraba en el control sobre la fuerza de trabajo, el capitalismo sobre el control de los medios de producción, el estatismo alrededor del control de organizaciones, el socialismo alrededor del control de capacidades o credenciales, mientras que el comunismo permitía el control colectivo de todos los activos y la eliminación de la explotación. De ese modo se construía una historia evolutiva materializada en la sucesiva eliminación de las explotaciones, lo cual daba lugar a un nuevo mapa de las clases bajo el capitalismo, que ahora se definían por los activos en manos de empleadores, de la pequeña burguesía, de directivos,

¹² E. O. Wright, «Reflections on *Classes*», cit., pp. 44-45.

¹³ John Roemer, *A General Theory of Exploitation and Class*, Cambridge, 1982.

supervisores y expertos no ligados a la gestión, así como de trabajadores. Todo esto se elaboró con detalle en su libro de 1985, *Classes*¹⁴.

Aunque Erik no estaba de acuerdo con Roemer en que se pudiera definir la explotación de clase sin hablar de relaciones de dominación¹⁵, lo que quería resaltar era la centralidad de la explotación (como opuesta a la dominación, que había sido central para la definición de las localizaciones contradictorias de clase) y, a partir de entonces, daría por ciertas esas relaciones de dominación en vez de observarlas, medirlas o cartografiarlas. Su reforma de la estructura de clase en términos de activos poseídos por los individuos le llevó a dar un paso más hacia la sociología. Igual que sus anteriores formulaciones podían haber contribuido indirectamente a la atrofia del modelo de prosecución de estatus, su nuevo sistema preparaba el camino para la popularidad de las nuevas nociones de clase, como la basada en diferentes «capitales» –social, económico y cultural– y que adelantaba Pierre Bourdieu; una noción de clase en la que, paradójicamente, la explotación desaparece¹⁶.

Erik se convirtió en víctima de su propio éxito, porque en un periodo de renacimiento marxista su trabajo atrajo mucha atención. Aquí estaba

¹⁴ Posteriormente Erik revisó de nuevo su esquema de la explotación señalando sus limitaciones y ampliando el marco para incluir la dimensión temporal de la clase (movilidad de clase) y la manera que los efectos de la clase están mediados por instituciones como la familia y el Estado. Véase «Rethinking Once Again the Concept of Class Structure», en E. O. Wright (ed.), *The Debate on Classes*, Londres y Nueva York, 1989, pp. 269-348. Todo ello formaba parte de una empresa para demostrar la importancia de la clase como «variable independiente», que podía explicar variaciones de «variables dependientes» (actitudes, comportamientos, relaciones no de clase). Eric todavía estaba tratando de demostrar el poder explicativo de la clase, una vez que estaba correctamente definida y sus efectos contextualizados. En su explicación final, *Class Counts* (1997), unía el viejo planteamiento de las localizaciones contradictorias de clase con el nuevo planteamiento de la explotación basado en los activos con el fin de aumentar el poder explicativo de la «clase»: la permeabilidad de las fronteras de clase, los efectos de la clase sobre las relaciones de género en el hogar y el trabajo y los efectos de la clase sobre la conciencia de clase.

¹⁵ E. O. Wright, «The Status of the Political in the Concept of Class Structure», *Politics and Society*, vol. 19, núm. 3, 1982, pp. 321-341.

¹⁶ Aquí hay una paradoja. Mientras que en *La distinction. Critique sociale du jugement* (1979) Bourdieu define las clases por las posiciones ocupadas en el espacio social determinadas por la suma de capital económico y cultural, en otros lugares despotica contra la idea de «clases sobre el papel», contra las categorías de clase inventadas por el teórico, clases determinadas por atributos objetivos. Véase, por ejemplo, el ampliamente citado artículo, «Social Space and the Genesis of “Classes”», en Pierre Bourdieu, *Langage et pouvoir symbolique* [1984], París, 2001; ed. ing.: *Language and Symbolic Power*, Cambridge, 1991, pp. 229-251.

un marxista de incuestionable integridad que combinaba la sofisticación empírica, el rigor analítico y la innovación teórica. No había nada parecido en el mundo de la sociología, aunque John Goldthorpe se convirtiera en un ardiente rival antimarxista. Erik pudo asegurarse la financiación necesaria para realizar encuestas a escala nacional diseñadas para identificar las dimensiones específicas de la estructura de clase –basadas en una combinación de explotación y dominación– y establecer medidas de la conciencia de clase dirigidas a trazar posibles alianzas. La fama de Erik se desbordó más allá de las fronteras nacionales cuando varios países empezaron a elaborar encuestas basadas en su diseño¹⁷. En diez años, alrededor de quince países habían recogido datos sobre estructura y conciencia de clase. Para Erik esto supuso una enorme cantidad de trabajo, asesorando, consultando, colaborando y escribiendo artículos en colaboración sobre análisis de clase comparado. El producto final fue un voluminoso libro, *Class Counts*. No está claro que hubiera un notable resultado empírico, y en el prefacio Erik admitía que no estaba seguro de que «los resultados merecieran el esfuerzo» de dos décadas de extenuante trabajo¹⁸. De nuevo con su característica honestidad, decía:

Principalmente, el análisis de los datos ha servido para prestar un moderado apoyo a determinados argumentos teóricos sobre la estructura de clase y sus efectos, pero frecuentemente –como ocurre crónicamente en este juego– los resultados son ambiguos, además de perturbados por el ruido, y las correlaciones débiles, y por ello no consiguen dirimir entre planteamientos antagonistas. Desde luego, ha habido algunas sorpresas interesantes. Por ejemplo, no me esperaba encontrar interacciones tan generalizadas, y a menudo dramáticas, entre la clase y el género. Siempre había pensado que los mecanismos de clase tendrían más o menos los mismos efectos empíricos sobre hombres y mujeres, pero realmente no es así.

¹⁷ Incluso los sociólogos soviéticos querían subirse al barco. Fui a Moscú con Erik en 1986 –al comienzo de la Perestroika– para desarrollar una encuesta que podía ser utilizada tanto en Estados Unidos como en la Unión Soviética. Al final de unos realmente frustrantes pero reveladores diez días, se le pidió a Erik que pronunciara una conferencia en la Academia de las Ciencias. La sala estaba abarrotada y la audiencia tenía curiosidad por oír a este extraño animal, un renombrado científico marxista occidental. En una charla hermosamente diseñada, Erik sostuvo que la explotación sobre la base de la propiedad privada podía haber sido abolida en la Unión Soviética, pero la explotación basada en el desigual acceso a los recursos organizativos seguía existiendo. La audiencia se fue poniendo cada vez más nerviosa a medida que Erik desplegaba una implícita crítica del orden soviético. De repente, y embarzosamente, la charla fue cortada y fuimos sacados de la sala. Erik claramente se había topado con los poderes fácticos.

¹⁸ E. O. Wright, *Class Counts: Comparative Studies in Class Analysis*, Cambridge, 1997, p. xxx.

Sin embargo, en su conjunto es cierto que los resultados empíricos directos de la investigación no han sido espectaculares, por lo menos hasta ahora¹⁹.

No creo que Erik cambiara de idea al respecto.

La consecuencia fue que Erik perdió interés en oponer el marxismo a la sociología y en vez de ello se centró en vincular variables dependientes e independientes en un masivo programa de investigación que alcanzó su clímax cuando el marxismo ya estaba en retirada en el seno de la sociología²⁰. En consecuencia, empezó a propiciar un planteamiento más conciliador respecto a la sociología, y un posicionamiento más modesto sobre su propio trabajo. En la recopilación que editó en 2005, *Approaches to Class Analysis*, el análisis de clase marxista estaba presentado como un planteamiento entre otros muchos, incluyendo los análisis neoweberianos, neodurkheimianos, bourdieusianos, los análisis basados en la renta y los que optaban por una aproximación más allá de la clase. Desde su primer entusiasmo por optar entre distintas teorías rivales, se volvió más ecuménico. Erik asumió una postura más defensiva, manteniendo un concepto marxista de clase junto a otros planteamientos complementarios sobre la misma que, paradójicamente, habían surgido en parte del espacio que él había creado al criticar los viejos modelos de consecución de estatus.

En el último libro en el que se ocupó de la clase, *Understanding Class* (2015), Erik presentó una colección de ensayos escritos entre 1995 y 2015 con la intención de revitalizar el análisis de clase, no a través del veredicto o el pluralismo, sino mediante la síntesis. Trató de reunir tres planteamientos: la clase como explotación, como acaparamiento de oportunidades y como atributos individuales, que en líneas generales corresponden al planteamiento marxista, weberiano y de consecución de estatus, cada uno de ellos ocupándose de un conjunto distinto de problemas. Escribía:

¹⁹ E. O. Wright, «Reflections on *Classes*», cit., p. 42.

²⁰ Como programa de investigación científica, su análisis de clase podía absorber anomalías y resolver contradicciones pero a expensas de la simplificación, y puede afirmarse que no superó la prueba final: la predicción de hechos novedosos. Véase Imre Lakatos, *The Methodology of Scientific Research Programmes*, Cambridge, 1978. Sin duda, parte del problema fue que desarrolló su programa de investigación como un intelectual brillante pero solitario; no cultivaba acólitos o discípulos, aunque llegara a escribir numerosos artículos con estudiantes ayudándoles a emprender sus carreras. Por otra parte, el Proyecto de Utopías Reales fue una empresa más colaborativa difundida por conferencias y por sus estudiantes, pero también a través de arquitectos políticos y activistas de todo el mundo. Por ello ha tenido un poder de permanencia mayor como programa de investigación.

Un análisis de clase totalmente elaborado combina este tipo de macro-modelo dinámico de conflicto y transformación con el modelo multinivel macro-micro de procesos de clase y vidas individuales. En este modelo se combinan los planteamientos primordiales weberianos y marxistas sobre la estratificación²¹.

Este giro hacia un modelo sintético –como él diría, de las «batallas entre grandes paradigmas» al «realismo pragmático»– podría comprenderse como un reflejo del ascenso de Erik a la prominencia en el campo de la sociología: ahora podía permitirse aceptar la validez de otros modelos de clase, incorporándolos en el seno de un marco marxista. Pero no creo que ese fuera el único factor en juego. A medida que el marxismo se volvía más marginal dentro de la sociología, Erik iba tomando una posición más conciliadora, tratando de mantener la idea de la clase mientras abrazaba ideas sociológicas que hasta entonces había criticado. Estaba en un momento de transición entre lo que él llamaba la crítica de la sociología «centrada en el defecto» a una crítica «centrada en la virtud», reconociendo el papel explicativo de cada una de ellas dentro de un marco más general²². Pero el resultado final fue que su análisis de clase perdió su carácter distintivo al integrarse en la sociología junto a perspectivas que a menudo no se apoyaban en una idea del capitalismo, menos aún en la trascendencia del capitalismo. Lo que empezó como un desafío marxista a la sociología se convirtió en una determinada sociología, una *sociología marxista* que coexistía con otras²³.

El análisis de clase de Erik fue sin duda una importante intervención, no solo por su nueva conceptualización, sino, incluso más novedoso, por la esforzada mediación empírica y la cartografía de las estructuras de clase

²¹ E. O. Wright, *Understanding Class*, cit., p. 14.

²² *Ibid.*, p. vii

²³ Habría que decir que, al principio, Erik y yo pensábamos que nuestros planteamientos eran complementarios: él se centraba más en las relaciones *de* producción y yo sobre las relaciones *en* la producción; él en el análisis cuantitativo y yo en el etnográfico. Pero yo empecé a mostrarme más crítico con la operacionalización de su esquema conceptual a través de encuestas de datos en vez de a través del análisis histórico. Él siempre fue honesto sobre las limitaciones del camino que había tomado, y toleraba mi posición crítica hacia su espurio «objetivismo» y mi alejamiento del mundo que él teorizaba. A instancias de Jeff Manza debatimos nuestras diferentes perspectivas en el *Berkeley Journal of Sociology*. Véanse E. O. Wright, «Reflections on Classes», cit.; E. O. Wright, «Reply to Burawoy's Comments on "Reflections on Classes"», *Berkeley Journal of Sociology*, vol. 32, 1987; M. Burawoy, «The Limits of Wright's Analytical Marxism and an Alternative», *Berkeley Journal of Sociology*, vol. 32; M. Burawoy, «Marxism, Philosophy and Science», *Berkeley Journal of Sociology*, vol. 34, 1989. El debate más amplio sobre el análisis de clase de Erik apareció en *The Debate on Classes*, cit.

que vino a continuación. Un proyecto tan ambicioso y exitoso dio una legitimidad sin precedentes al marxismo dentro de la sociología. Sin embargo, pagó su precio. En vez de cuestionar los fundamentos de la sociología, Erik competía con los modelos sociológicos existentes en sus propios términos. Utilizaba técnicas estándar (encuestas sociales y análisis estadístico) para demostrar que sus categorías de clase eran las que mejor capturaban los «mecanismos subyacentes» para explicar una variedad de fenómenos, desde la desigualdad de los ingresos a las diferentes dimensiones de la conciencia de clase. En realidad, la batalla de los paradigmas se convirtió en una disputa entre modelos que le arrastró al terreno de la sociología. Su marxismo científico se convirtió en una sociología marxista. Durante las dos últimas décadas su investigación empírica de mayor éxito ya no era específicamente marxista: el trabajo con Rachel Dwyer sobre la cambiante mezcla de buenos y malos empleos en la estructura ocupacional de Estados Unidos, que desmentía la euforia de la década de 1990 de que «una marea alta hace flotar a todos los barcos»²⁴.

En este punto Erik podría haber abandonado el marxismo, como hicieron muchos otros. Hubiera ganado galones por ver la luz, por reconocer el error de sus días de juventud. Pero Erik no era así. Sin embargo, Erik reinventó el marxismo, adaptándolo a los tiempos. Rompiendo con su análisis de clase recuperó su viejo interés por el pensamiento utópico; cambió su relación con la sociología. En vez de recurrir a su tradición

²⁴ El análisis de Erik sobre los cambios en la estructura de clase en Estados Unidos fue variando con el tiempo. En 1982, escribiendo con Joachim Singelmann y utilizando el esquema de las localizaciones contradictorias de clase, mostraba que durante el periodo 1940-1970 se había verificado una «proletarización» en los distintos sectores, pero quedaba oscurecida por el movimiento de gente hacia sectores con niveles inferiores de proletarización. Erik después pasó del análisis de clase a un estudio de la calidad del empleo. Estimulados por un informe optimista de Joseph Stiglitz sobre la creación de empleo cuando era presidente del Consejo de Asesores Económicos de Clinton, Erik y Rachel Dwyer examinaron de nuevo y ampliaron los datos para mostrar que aunque había muchos empleos «buenos» de reciente creación, también había montones de empleos «malos», y además, estos últimos estaban desproporcionadamente ocupados por afroamericanos e hispanos: una historia de división del trabajo polarizada y racializada. Continuaron trabajando juntos sobre la transformación de la estructura del empleo, ampliando el análisis a otros países. Aunque eran análisis muy importantes sobre la transformación de la estructura ocupacional, ligados a un importante debate político, esta investigación no obstante desplazó el concepto de clase que ahora estaba presente solo teóricamente. Véanse, respectivamente, E. O. Wright y J. Singelmann, «Proletarianization in the Changing American Class Structure», *American Journal of Sociology*, Supplement, vol. 88, 1982; y E. O. Wright y R. Dwyer, «The American Jobs Machine: Is the New Economy Creating Good Jobs?», *Boston Review*, vol. 25, núm. 6, 2000.

positivista, apeló, implícita si es que no explícitamente, a su tradición emancipadora. Desde su marxismo científico «pragmático» –una *sociología marxista*, una variante de la sociología– se orientaría hacia un marxismo crítico: un *marxismo sociológico*, una variante del marxismo.

3. MARXISMO CRÍTICO: UTOPIÁS REALES

El proyecto sobre utopías reales representa una ruptura epistemológica similar a la que Louis Althusser identificaba en Marx²⁵. Sin embargo, mientras que para Althusser la transición de Marx iba desde una filosofía crítica o humanista a una teoría del capitalismo verdaderamente científica, la ruptura epistemológica de Erik iba en la dirección opuesta: de la ciencia a la crítica; de la cartografía de la estructura social al proyecto de transformación social; del estudio de los mecanismos reales al estudio de los futuros posibles; de la neutralidad científica a los fundamentos explícitos del valor; de la medición a distancia al compromiso cercano; de la ideología como distorsión a la ideología como una fuerza moral; de la política como epifenómeno a la política como parte integral del avance de las utopías reales; del determinismo de las estructuras objetivas a la erosión del capitalismo.

Sin duda, igual que con Marx, también con Wright hay textos de transición. Quizá el más importante fue el que más tarde titularía «Marxism after Communism», donde definía el marxismo por tres nodos interconectados: el análisis de clase, la emancipación de clase y la teoría de la historia²⁶. Cuando ni la trayectoria histórica ni el análisis de clase parecían indicar que el capitalismo estuviera aboliéndose a sí mismo, la elección estaba entre abandonar el marxismo o considerar el proyecto

²⁵ Louis Althusser, *For Marx*, Londres, 1977; ed. orig.: *Pour Marx*, París, 1965; ed. cast.: *La revolución teórica de Marx*, México DF, 1967.

²⁶ Véase, E. O. Wright, «Class Analysis, History and Emancipation», *NLR* 1/202, noviembre-diciembre de 1993, pp. 15-35, que después apareció revisado como «Marxism after Communism» en *Interrogating Inequality*, Londres y Nueva York, 1994, capítulo II. El texto más claramente «transicional» puede que sea el que escribimos juntos, en el que la importancia de las utopías reales surge de la durabilidad del capitalismo y de la reproducción social de las relaciones de clase. La clase ya no es una fuerza transformadora y, *por ello*, la construcción de utopías reales es necesaria. Esto presagiaba la *desconexión* entre el análisis de clase y las utopías reales. Véase M. Burawoy y E. O. Wright, «Sociological Marxism», en Jonathan Turner (ed.), *The Handbook of Sociological Theory*, Nueva York, 2002, pp. 459-486. Mi agradecimiento a Greta Krippner e Ivan Ermakoff por señalarme algunas continuidades a pesar de la ruptura de Erik entre el marxismo científico y el crítico.

de emancipación en sus propios términos. Erik sacó la misma conclusión cuando comparó los proyectos emancipadores del marxismo y el feminismo: en el feminismo, la idea de la igualdad de género no se consideraba problemática, mientras que el marxismo tenía que afrontar desafíos a la misma posibilidad de una sociedad sin clases²⁷. El marxismo clásico trataba de resolver el problema demostrando la insostenibilidad a largo plazo del capitalismo, desplazando de ese modo la cuestión del socialismo; sin embargo, dado el justificable escepticismo sobre unas afirmaciones con apariencia de ley sobre el futuro del capitalismo, los marxistas harían bien en centrarse más sobre el propio proyecto emancipador. Aquí se encontraba el comienzo del Proyecto de Utopías Reales de Erik.

El giro hacia el pensamiento utópico no era totalmente nuevo. A principios de la década de 1970 Erik había asistido en el seminario al curso sobre «Utopía y Revolución». En 1979, se había unido a un grupo de «marxistas analíticos», que algunas veces se describían como el No-Bullshit Marxist Group, que la emprendió a hachazos con el cuerpo vivo del marxismo hasta acabar con él. Cuando se preguntó a Adam Przeworski, uno de sus miembros destacados, por qué lo había abandonado, respondió: «Porque pensé que habíamos realizado nuestro programa intelectual [...]. Finalmente encontramos que no quedaba demasiado del marxismo y que realmente no había mucho más que aprender»²⁸. Una prueba de la formidable resistencia intelectual de Erik es que pudiera resistir la arremetida de estos brillantes intelectuales contra su marxismo²⁹. Sin

²⁷ E. O. Wright, «Explanation and Emancipation in Marxism and Feminism», en *Interrogating Inequality*, cit., capítulo 10. Se puede observar el cambio acaecido desde el análisis estadístico de los no-efectos de la clase sobre las relaciones de género a la comparación de las emancipaciones de género y clase. Erik estaba profundamente comprometido con las relaciones igualitarias en su vida personal, sobre todo en su familia, y esto inspiró un duradero interés por el feminismo. Gay Seidman, amigo, colega y vecino de Erik, ha escrito elocuentemente sobre la evolución del pensamiento de Erik sobre la emancipación de género. Véase «Class, Gender and Utopian Community: In Memory of Erik Olin Wright», presentado en la conferencia, «Transforming Capitalism through Real Utopias: Featuring Erik Olin Wright's Legacy», Coimbra University, 23-24 de enero de 2020.

²⁸ «Adam Przeworski: Capitalism, Democracy, and Science», en Gerardo Munck y Richard Snyder (eds.), *Passion, Craft, and Method in Comparative Politics*, Baltimore (MD), 2007, p. 490.

²⁹ Erik y yo disentíamos sobre el significado del grupo de marxismo analítico. Sin duda algunos de los primeros trabajos son obras marxistas clásicas, como los de G. A. Cohen, *Karl Marx's Theory of History: A Defence* (1978) [ed. cast.: *La teoría de la historia de Karl Marx*, Madrid, 1986] y *Capitalism and Social Democracy* (1985) [ed. cast.: *Capitalismo y socialdemocracia*, Madrid, 1988], de Adam Przeworski, pero el grupo pronto perdió el interés por el marxismo. Solamente Erik mantuvo un com-

embargo, el grupo le sensibilizó sobre la importancia de los fundamentos morales, un motor para el lado «utópico» de sus utopías reales. En el lado «real», Erik estaba influenciado por su colega y amigo Joel Rogers que llegó a Madison en 1987 y con quien salía a pasear casi todos los domingos. Joel era un infatigable propagador del cambio social progresista a escala local y nacional, constituía una poderosa fuente de inspiración y mantenía una visión realista de las utopías de Erik. Joel y Erik reunieron lo real y lo utópico en *American Society: How It Really Works* (2010), la base de un curso diseñado por ambos que planteaba hasta qué punto la sociedad estadounidense cumplía cinco «valores clave» –libertad, prosperidad, eficiencia económica, equidad y democracia– y cómo podría hacerlo mejor.

Una influencia más amplia sobre el Proyecto de Utopías Reales fue la coyuntura política del momento. El año 1991 marcó la disolución de la Unión Soviética, dos años después del colapso del socialismo de Estado en Europa del Este. La desaparición de una alternativa existente al capitalismo, al margen de lo problemática que fuera, tendría inevitables consecuencias para la política en Occidente; el capitalismo ya no necesitaría hacer concesiones políticas con un ojo puesto en la rivalidad de la «Guerra Fría» con la Unión Soviética. El rechazo sin reservas del pasado soviético por parte de Yelstin y su igualmente resuelta adopción de una economía de mercado, aunque significara un desastre para la mayoría de los rusos, fue un enorme estímulo para el neoliberalismo y los defensores del «fin de la historia». En este contexto, aquellos que mantenían la posibilidad de una alternativa al capitalismo que garantizara una vida mejor para la mayoría, se encontraron con el imperativo de descubrir –o redescubrir– las imaginaciones del socialismo.

promiso con este y permaneció siendo una figura clave del «Grupo de Septiembre», como fue rebautizado disfrutando del cambio intelectual. Desde el principio yo me mostré escéptico ante la adopción por parte del grupo del individualismo metodológico y de la teoría de la elección racional, y critiqué el trabajo de Jon Elster, Sam Bowles, Herb Gintis y Przeworski por forzar al marxismo dentro de una camisa de fuerza metodológica basada en microfundaciones espurias y en el individualismo metodológico. Yo sostenía que esa no era la forma de reconstruir el marxismo, sino su fin. Véanse M. Burawoy, «Making Nonsense of Marx», *Contemporary Sociology*, vol. 15, núm. 5, 1986; «Should We Give Up on Socialism? Reflections on Capitalism and Democracy», *Socialist Review*, vol. 89, núm. 1, 1989; «Marxism without Micro-Foundations: Przeworski's Critique of Social Democracy», *Socialist Review*, vol. 89, núm. 2, 1989; «Analytical Marxism—A Metaphysical Marxism», *Häften för kritiska studier*, vol. 22, núm. 2, 1989; «Mythological Individualism», en Terrell Carver y Paul Thomas (eds.), *Rational Choice Marxism*, Londres, 1995.

Aquí es donde apareció Erik con sus «utopías reales». El marxismo clásico era alérgico al pensamiento utópico. En *Socialism: Utopian and Scientific*, Engels sometía a la primera variante a una fulminante crítica considerándola la proyección de un plan sin ninguna justificación en la realidad al que se otorgaba un milagroso poder de autorrealización. En vez de ello, Engels insistía en estar atentos a las maneras en que el capitalismo siembra las semillas de su propia destrucción y esbozaba el argumento marxiano de la intensificación de las crisis de sobreproducción, que coinciden con la profundización de la lucha de clases. Se trataba de una teoría convincente que no obstante demostró ser errónea, entre otras razones por su insuficiente comprensión del Estado, su defectuoso concepto de la lucha de clases y su ausente o ingenua idea de la transición. Las utopías reales de Erik no se basaban en las leyes del desarrollo capitalista, sino en el descubrimiento de prefiguraciones socialistas dentro de la sociedad capitalista. El marxismo clásico había subestimado la durabilidad del capitalismo. Si su colapso no era inminente, entonces desarrollar una imaginación del socialismo que fuera creíble era todavía más difícil, pero todavía más importante. La viabilidad del marxismo dependería de sostener la idea de una alternativa «socialista» al capitalismo. ¿Pero, cuál sería su contenido?

Los modelos sobre la futura sociedad socialista eran demasiado remotos o se arriesgaban a conducir al «totalitarismo» si se llevaban a la práctica. Por eso Erik acuñó la frase «utopía real» para referirse a organizaciones que ya existían, a instituciones y movimientos sociales que operaban dentro de la sociedad capitalista pero seguían principios anticapitalistas. Cuatro de sus ejemplos favoritos eran los presupuestos participativos, desarrollados originalmente en Porto Alegre; la renta básica universal; Wikipedia, y las cooperativas de trabajadores de Mondragón. En cada uno de esos casos, Erik exploraba el funcionamiento de la «utopía real», esbozaba sus principios y examinaba sus dinámicas y contradicciones internas, así como sus condiciones de posibilidad y diseminación³⁹.

³⁹ La distinción entre utopías reales e imaginarias está admirablemente ilustrada en el debate entre Erik y Robin Hahnel, defensor de la «economía participativa» basada en la participación democrática en una economía planificada. Como siempre, Erik saca lo mejor del diseño de Hahnel sobre un futuro socialista, pero las diferencias están claras: Erik parte de instituciones y organizaciones existentes y examina cómo podrían extenderse y ampliarse, mientras que Hahnel se dedica a perfeccionar un plan. Véase Robin Hahnel y Erik Wright, *Alternatives to Capitalism: Proposals for a Democratic Economy*, Londres y Nueva York, 2016. Erik imaginaba las utopías de la misma forma que Ruth Levitas, flexibles, abiertas, provisionales y, por encima de todo, sometidas al debate público y a la toma democrática de decisiones.

A partir de 1992, Erik organizó una serie de conferencias en el Centro Havens donde circulaba entre un selecto grupo de participantes un documento de opinión analítica centrado en una determinada «utopía real»; cada uno de esos participantes escribía y presentaba sus comentarios. Hasta ahora ha habido seis volúmenes: sobre la democracia asociativa, dirigido por Josh Cohen y Joel Rogers; sobre una particular versión del socialismo de mercado, dirigido por John Roemer; sobre las nuevas formas de igualitarismo, dirigido por Sam Bowles y Herb Gintis; sobre la gobernanza participativa, dirigido por Archon Fung y Erik; sobre el replanteamiento de la redistribución, dirigido por Bruce Ackerman, Ann Alstott y Philippe Van Parijs; y sobre la igualdad de género, dirigido por Janet Gornick y Marcia Meyers. El volumen más reciente sobre democratización de las finanzas fue dirigido por Fred Block y Robert Hockett.

Erik estuvo activamente implicado en todas las conferencias y en la publicación de los documentos, primero en *Politics and Society* y después en forma de libro con Verso. No fue hasta 2010 cuando Erik publicó su obra magna, *Envisioning Real Utopias*, originada en un documento que escribimos juntos. *Envisioning Real Utopias* empieza con un «diagnóstico y crítica», un catálogo de los males del capitalismo que piden «alternativas»³¹.

Pero, ¿qué alternativas? El marxismo clásico se centraba en la auto-destrucción de la economía capitalista, hecho que asignaba a la clase trabajadora y a sus representantes la tarea de apoderarse del poder y dirigir la nueva sociedad de acuerdo con sus principios y criterios. No había necesidad de ninguna utopía. En un segundo periodo, el debate alrededor del socialismo se vio influenciado por la imprevista creación de la Unión Soviética. Ahora el Estado tenía un papel central, se podía

Véase R. Levitas, *Utopia as Method: The Imaginary Reconstitution of Society*, Londres, 2013. Me viene a la cabeza un texto inédito de Erik, *Chess Perversions and Other Diversions* (1974), donde la idea no es imaginar un juego nuevo, sino dar un nuevo significado al viejo jugueteando con sus reglas.

³¹ M. Burawoy y E. O. Wright, «Sociological Marxism», cit. Desde el principio me entusiasmó el proyecto de Erik sobre utopías reales y discutimos largamente sobre él durante la década de 1990 mientras yo trataba de asumir la caída de la Unión Soviética y la destrucción de la clase trabajadora soviética (véase M. Burawoy, «Marxism After Communism», *Theory and Society*, vol. 29, núm. 2, 2000). En una de las visitas de Erik a Berkeley nos pusimos a elaborar un marco teórico que reuniera su trabajo sobre las utopías reales con mi visión de la historia del marxismo a la luz del colapso del comunismo. Eso iba a ser la base de un libro conjunto sobre el marxismo sociológico, pero yo me distraje con un proyecto sobre sociología pública. Erik continuó desarrollando nuestra primera formulación en *Envisioning Real Utopias*, mientras yo metía baza de vez en cuando.

decir que ello era el socialismo sobre la tierra³². Nuestra afirmación era que en el tercer periodo, el socialismo debía definirse como la autorregulación colectiva de la sociedad civil expandida en dos dimensiones: el empoderamiento de lo social en relación al Estado –profundización de la democracia a través de los presupuestos participativos, asambleas ciudadanas, democracia asociativa– y en relación a la economía, a través de iniciativas como Wikipedia, la economía solidaria, la cooperativa Mondragón o la renta básica universal³³.

La tercera parte de *Envisioning Real Utopias* desarrollaba una teoría de la transformación. Erik examinaba tres estrategias: la transformación rupturista, sobre la que se mostraba escéptico (como siempre lo había sido); la transformación intersticial, que suponía el desarrollo de instituciones autónomas dentro del capitalismo, y la transformación simbiótica, que nos llevaba de vuelta a las maneras en las que se podría utilizar al Estado para promover luchas transformadoras contra sí mismo. Aquí Erik desarrollaba la idea del compromiso de clase como una manera en que tanto el capital como el trabajo podrían beneficiarse de la lucha, aunque no

³² Uno de nuestros mayores desacuerdos giraba en torno al estatus de la Unión Soviética. Erik tendía a ignorarla como una forma de «estatismo» de poca relevancia para el proyecto socialista, mientras que yo la veía, con todas sus imperfecciones, como una forma de socialismo –socialismo de Estado– de ineludible relevancia. La centralidad de la democracia para el Proyecto de Utopías Reales era una implícita reacción al Behemoth soviético, pero nunca le llevó a Erik a examinar su forma o su origen. La Unión Soviética fue un gran y trágico experimento que definió los contornos del siglo XX; ignorarlo es una carga que recae sobre nosotros. Los marxistas tienen mucho que aprender de este intento de poner en práctica el socialismo, ante todo sobre los límites y posibilidades del socialismo basado en la planificación, así como de las luchas subalternas por socialismos democráticos alternativos inspirados por la oposición al socialismo de Estado. Tampoco podemos ignorar el marxismo soviético, a pesar de su degeneración, como si la historia del marxismo fuera un supermercado donde coges lo que quieres. Tenemos que vivir con lo bueno y lo malo, afortunada y desafortunadamente lo uno da forma a lo otro. Erik nunca estuvo dispuesto a examinar el lado oscuro de la utopía. Véase M. Burawoy y János Lukács, *The Radiant Past*, Chicago (IL), 1992.

³³ Yo rastreada el argumento sobre el socialismo como la autoorganización colectiva de la sociedad civil hasta afirmar la convergencia complementaria de Polanyi y Gramsci; en el primero a partir de la reacción frente a la economía, en el segundo a partir de la reacción frente al Estado. Véase M. Burawoy, «For a Sociological Marxism: The Complementary Convergence of Antonio Gramsci and Karl Polanyi», *Politics and Society*, vol. 31, núm. 2, 2004, pp. 193-261. Erik, mientras tanto, estaba trabajando en la elaboración y sistematización de las relaciones existentes entre el Estado, la economía y la sociedad civil o, como él decía, intentaba tomarse en serio lo social del socialismo. Véase E. O. Wright, «Compass Points: Towards a Socialist Alternative», *NLR* 41, septiembre-octubre de 2006, pp. 93-124; «Los puntos de la brújula. Hacia una alternativa socialista», *NLR* 41, noviembre-diciembre de 2006.

estaba claro que esos beneficios pudieran estimular luchas que llevaran más allá del capitalismo. Esto era realmente un derivado del análisis de clase, pero mientras que este último era sumamente empírico y definitivo, el compromiso de clase era muy abstracto y conjetural. Ahora la clase era una posible estrategia de transformación social en vez de un meticuloso análisis de la estructura social; esto supone una comprensión totalmente diferente del término.

Durante los veinte años que Erik trabajó en este libro, recorrió el mundo hablando de utopías reales a estudiantes, activistas y políticos. La elocuencia y el optimismo que transmitía le atrajeron entusiastas partidarios y *Envisioning Real Utopias*, a pesar de su extensión, se tradujo a muchos idiomas. Pero Erik sabía que podría ser más efectivo si hubiera una versión popular más reducida, más parecida a un manifiesto. En 2019 consiguió finalizar *How to Be an Anticapitalist in the Twenty-First Century* antes de fallecer. En cuanto se publicó en inglés ya estaban en marcha o finalizadas diez traducciones del libro.

How to Be an Anticapitalist, una exposición más directa del Proyecto de Utopías Reales, cambiaba el argumento y sus énfasis. En vez de la larga y quizá bastante arbitraria lista de los males del capitalismo, basaba su oposición en tres fundamentos normativos: igualdad/equidad, democracia/libertad y comunidad/solidaridad. Formular el proyecto de esta manera tenía la ventaja de apelar a valores que son el fundamento de las democracias liberales, unos valores que el capitalismo no respeta o lleva a la práctica de manera limitada. Ahora Erik consideraba cinco estrategias para llegar al socialismo democrático. Se mostraba crítico con la primera, «aplastar al capitalismo» –¿cómo se podía construir un orden nuevo sobre las ruinas del viejo?– y en vez de ello se concentraba en *desmantelar* el capitalismo desde arriba, en *amansar* al capitalismo (contener sus peores efectos), *resistir* al capitalismo y *escapar* del capitalismo. Imaginaba estas estrategias trabajando en combinación para erosionar el capitalismo y construir un socialismo futuro basado en las ideas de la democracia económica. Ofrecía un conjunto familiar de utopías reales, que podían contribuir a ese objetivo, construir una economía alternativa y un orden más democrático.

Cuando en abril de 2018 se le diagnosticó leucemia mieloide aguda Erik estaba casi acabando su libro, pero todavía tenía que escribir el capítulo final, el que más desafíos suponía: ¿quiénes serían los agentes de

semejante transformación? Por primera vez abordaba la cuestión de los actores colectivos necesarios para erosionar el capitalismo. Aunque tenía claro que el socialismo democrático no surgiría sin lucha colectiva, no llegaba a señalar a ningún agente, o combinación de agentes, en particular. En vez de ello examinaba las condiciones para esa lucha: la importancia de las *identidades*, que pueden forjar solidaridades; de los *intereses*, que pueden conducir a objetivos realistas; y de los *valores*, que pueden crear una unidad política entre diversas identidades e intereses.

Aquí Erik se reconciliaba con el rompecabezas de su obra: su paso desde el análisis de clase sin utopías, a la utopía sin análisis de clase. En *How to Be an Anticapitalist* sostenía que una cosa es ser un anticapitalista y otra muy distinta ser un socialista democrático. La lucha de clases puede contribuir a lo primero, pero no es adecuada para lo segundo. Mientras que Marx consideraba que una inevitable polarización de clases conduciría a la mágica coincidencia del fallecimiento del capitalismo y la construcción del socialismo, Erik sacaba la conclusión de que, por sí misma, la clase estaba demasiado fragmentada y limitada como fuerza social para construir algo nuevo. Para que «erosionar» al capitalismo no condujera a la barbarie sino a un socialismo democrático, la transformación exigiría una visión moral que impulsara las luchas por un mundo mejor: la trioka de la igualdad, democracia y solidaridad.

No había ningún actor singular, predeterminado, impulsado por su localización económica o social, a involucrarse en la lucha de clases. Erik escribió: «No podré proporcionar una respuesta real a la pregunta de dónde encontrar a estos actores colectivos, pero espero clarificar la tarea a la que nos enfrentamos para crearlos»³⁴. Utilizando el lenguaje de Bourdieu, Erik rompió con su anterior idea «teórica» de la clase: la clase sobre el papel.

Esta «clase sobre el papel» tiene la existencia *teórica* propia de todas las teorías: como producto de una clasificación explicativa es totalmente similar a la de zoólogos y botánicos y nos permite *explicar* y predecir las prácticas y propiedades de las cosas clasificadas, incluyendo su propensión a constituir grupos. No es realmente una clase, una clase real, en el sentido de ser un grupo, un grupo movilizado para la lucha [...]»³⁵.

³⁴ E. O. Wright, *How to Be an Anticapitalist in the Twenty-First Century*, Londres y Nueva York, 2019, p. 119.

³⁵ P. Bourdieu, «Social Space and the Genesis of Classes», cit., pp. 231-232.

El actor o los actores, si han de aparecer, están constituidos por su adhesión a una ideología vinculante que unifica luchas dispersas. Si antes la clase preexistía a la lucha, ahora la lucha preexiste a la clase.

Esto sugiere una contingencia radical en la formación de clase, que era consecuencia de una práctica y una ideología política de la que el marxismo era una expresión³⁶. Aquí Erik concretaba una visión gramsciana de la ideología política que «no se expresa en forma de una fría utopía ni como una teorización aprendida, sino en realidad por la creación de una fantasía concreta que actúa sobre gente dispersa y devastada para despertar y organizar su voluntad colectiva»³⁷. Dejaba detrás su «teorización aprendida» de las aulas y no estaba soñando con alguna «fría utopía» separada del mundo real, sino que creaba una «fantasía concreta» desarrollada en estrecha conexión con los practicantes de utopías reales que trabajaban en las trincheras de la sociedad civil. Pasó tiempo con los organizadores de base de los presupuestos participativos de Porto Alegre, con las cooperativas de Mondragón, y con los impulsores de la economía social de Quebec³⁸. Pasó de analizar datos de encuestas a convertirse en etnógrafo, coproduciendo un entendimiento de los

³⁶ Aparte de Bourdieu hay muchos otros intelectuales que parten de la «clase para sí» en vez de la «clase en sí». Véase, por ejemplo, E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class* (1963) [ed. cast.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, 2012], que considera que la clase está presente en la creación de su propia historia, aunque siga enraizada en condiciones objetivas de explotación. También Nicos Poulantzas, *Pouvoir politique et classes sociales de l'État capitaliste* (1968) [ed. ing.: *Political Power and Social Classes*, 1973; ed. cast.: *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, 2001], donde la clase es un efecto en vez de una causa, una idea elaborada por Adam Przeworski en *Capitalism and Social Democracy* (1985), donde las clases son tratadas, en parte, como los resultados contingentes de las estrategias electorales de los partidos políticos. En vez de la sociología política convencional de que los grupos tienen intereses predeterminados dependientes de su lugar en la estructura de clase y que votarán de acuerdo a ellos, Przeworski sostiene que el mismo significado de la clase está constituido dentro y a través de la política. Como sucede con Bourdieu, las luchas de clasificación preceden a la lucha de clases. En el capítulo final de su último libro creo que Erik estaba moviéndose en esa dirección, dejando detrás sus anteriores ideas sobre la clase.

³⁷ Antonio Gramsci, *Selections from Prison Notebooks*, Nueva York, 1971, pp. 125-126; ed. orig.: *Quaderni del carcere* [1975], Turín, 2014; ed. cast.: *Cuadernos de la cárcel*, México DF, 1999.

³⁸ Esto me recuerda a Alain Touraine, para el que el papel del sociólogo es «concienciar» a los militantes de los movimientos sociales, es decir, ayudarles a desarrollar una visión más amplia y profunda de su proyecto. Véase A. Touraine, *The Self-Production of Society*, Chicago (IL), 1977; *Return of the Actor*, Minneapolis (MN), 1988; A. Touraine, F. Dubet, M. Wierviorka y J. Strzelecki, *Solidarity: Poland, 1980-1981*, Cambridge, 1983.

principios de las utopías reales y de las condiciones para su existencia y diseminación. Durante las dos últimas décadas de su vida, su mayor audiencia la formaron activistas políticos de todo el mundo. Dando voz a sus aspiraciones latentes, les conectó entre sí, articulando los elementos de un proyecto socialista colectivo. Se convirtió realmente en un príncipe moderno, un constante defensor de que otro mundo era posible.

4. UNIR CIENCIA Y CRÍTICA

Erik fue elegido presidente de la American Sociological Association y, en su reunión anual en 2011 celebrada en Denver, fuimos invitados a una cornucopia de utopías reales: tres sesiones plenarias y setenta paneles temáticos. La propia sociología se convirtió en una utopía real cuando Erik la alejó –quizá solo temporalmente– de una disciplina exenta de valores, objetivista y tecnocrática, y la aproximó a una comprometida ciencia emancipadora. Influenciado tanto por filósofos como por sociólogos, el giro de Erik hacia los compromisos de valor tenía una afinidad electiva con los fundamentos de la sociología clásica. Su énfasis en la igualdad, la libertad y la solidaridad, recuerda el trabajo de Durkheim, especialmente en *De la division du travail social* (1893), que elaboraba una visión del socialismo gremial basada en grupos ocupacionales que asumirían la propiedad de los medios de producción y la dirección económica de la sociedad. El socialismo de Durkheim exigía igualdad de oportunidades de manera que cada uno tuviera libertad para encontrar su verdadero lugar en la división del trabajo, lo que a su vez, exigía la eliminación de la herencia de la riqueza y la igualdad de poder entre los grupos ocupacionales. Durkheim consideraba que la perfección de la división del trabajo y, por lo tanto, la realización de la solidaridad orgánica eran inmanentes a la sociedad moderna. No pensaba en términos de los obstáculos planteados por el capitalismo. El capitalismo no era siquiera una categoría en su análisis.

A pesar de que Erik se volviera más durkheimiano a medida que elaboraba su Proyecto de Utopías Reales –es decir, más interesado en la solidaridad y los valores compartidos– siempre fue Weber el que atrajo su atención. Su estudio de 1974 sobre el Estado en Lenin y Weber, el capítulo 4 de *Class, Crisis and the State*, se complementó con repetidos compromisos con la idea de Weber de la estratificación social. Bajo influencia de Roemer, Erik también flirteó con el individualismo

metodológico que se encuentra en el centro de la sociología de Weber, sin olvidar la pasión de este por la clasificación. Más tarde, Erik quedó fascinado por la exploración «marxista» de Weber del modo de producción esclavista³⁹. En comparación con Durkheim, Weber estaba más influenciado, aunque negativamente, por Marx y los marxistas. Veía el capitalismo –junto a su necesario acompañante, la burocracia– como un obstáculo insuperable para el socialismo; pero eso no significaba que su sociología careciera de valores. Weber ha sido malinterpretado de forma general como el profeta de una sociología carente de valores, pero fue cualquier cosa menos eso; también él consideró una falsedad la afirmación de neutralidad del sociólogo. Realmente, Weber consideraba su unidad metodológica fundamental, el tipo ideal, como una utopía, una construcción del mundo real unilateral y basada en el valor⁴⁰. A pesar de ser un conservador liberal, Weber basó su sociología en la idea de la libertad y autonomía individual luchando contra la imparable fuerza de la racionalización. Esto le hizo sospechar de los proyectos socialistas, prediciendo que la dictadura del proletariado sería una dictadura de funcionarios. En la medida en que también él insistía en los valores fundamentales, las utopías reales de Erik reconectaban con las bases normativas de la sociología clásica.

Si el análisis de clase de Erik fue absorbido por la corriente dominante de la sociología que seguía una metodología realista, objetivista, sus utopías reales recuperaron una dimensión perdida de la tradición sociológica, la idea de una ciencia moral construida sobre la realización institucional de unos declarados compromisos de valor. Además, Erik estaba comprometido en un diálogo con los practicantes de las utopías reales; los sujetos de su ciencia ya no eran personas anónimas que respondían a preguntas de encuestas preenvasadas, sino activistas con una urgente necesidad de una ideología sustentadora.

Si las utopías reales recurrían al potencial crítico anclado en la tradición sociológica, ¿qué pasaba con el marxismo de Erik? Su Proyecto de Utopías Reales va unido a una visión del socialismo, pero –igual que con el relato de los cambios en la estructura de clase– seguía sin haber ninguna teoría de las dinámicas del capitalismo. Las dudas sobre la

³⁹ E. O. Wright, «The Shadow of Exploitation in Weber's Class Analysis», *American Sociological Review*, vol. 67, núm. 6, 2002.

⁴⁰ Max Weber, «"Objectivity" in Social Science and Social Policy», en M. Weber, *The Methodology of the Social Sciences* [1904], Nueva York, 1949, p. 90; ed. cast.: *La «objetividad» del conocimiento en la ciencia social*, Madrid, 2017.

inevitable desaparición del capitalismo le alejaron del estudio de las tendencias del capital *tout court*. En vez de ello, *Envisioning Real Utopias*, listaba los defectos del capitalismo que en *How to Be an Anticapitalist* mutaban en un conjunto de valores «socialistas» que no pueden realizarse plenamente bajo el capitalismo. Pero las utopías reales no pueden ser impulsadas solamente por la imaginación de un futuro anticapitalista; están impulsadas por quejas generadas por el capitalismo. En una empresa científica, las utopías tienen que surgir desde la lógica del desarrollo capitalista.

¿Dónde buscaremos una teoría que conecte la aparición de las utopías reales con el capitalismo? Un lugar por donde empezar es el capítulo 3 de *Class, Crisis and the State*, «Historical Transformations of Capitalist Crisis Tendencies». En este capítulo exuberantemente entusiasta, Erik avanzaba una teoría de la acumulación de capital: las contradicciones del capitalismo conducían a crisis económicas de sobreproducción y a descensos de los beneficios que reclamaban «soluciones» o «arreglos» temporales que engendraban nuevas crisis, todo lo cual suponía la reestructuración, expansión y profundización del mercado mediante la ampliación del crédito o la búsqueda de *inputs* más baratos de materias primas o de mano de obra. ¿Cómo podemos conectar la primera teoría de Erik del desarrollo capitalista con las utopías reales?

Creo que una respuesta se encuentra en la canónica obra de Karl Polanyi, *The Great Transformation* (1944). Si la teoría de Erik se centraba en las crisis capitalistas como la fuerza motriz de la mercantilización, Polanyi se fijaba en las –catastróficas– consecuencias de la mercantilización. Después de localizar los orígenes de las crisis políticas de la década de 1930 en la incesante expansión del mercado, Polanyi pensaba que la humanidad nunca volvería a experimentar con el fundamentalismo del mercado. Estaba equivocado, porque pensaba que el fundamentalismo del mercado era una política irracional bajo control humano. No consideró que la expansión de los mercados fuera una respuesta a la crisis del capitalismo: era un arreglo temporal, pero un arreglo al fin y al cabo. Mientras haya capitalismo, habrá crisis; y las crisis serán frenadas por los mercados que, a su vez, pulsarán el desarrollo del capitalismo y nuevas crisis.

Polanyi detectó una larga onda de mercantilización desde la década de 1790 a la de 1930, cuando se puso en marcha la reacción que tomó la forma del estalinismo, la socialdemocracia, el *New Deal* o, lo que más temía, el

fascismo. Pero una vez que identificamos otra onda de mercantilización que comienza en la década de 1970, es posible discernir por lo menos dos ondas previas, una en el siglo XIX y la otra en la primera parte del siglo XX. Cada onda larga de desarrollo capitalista engendra sus propias crisis, que piden una correspondiente onda de mercantilización, caracterizada por la *articulación de la mercantilización de los factores de producción*, es decir, de las mercancías ficticias de Polanyi: la naturaleza, la fuerza de trabajo, el dinero y, actualmente, el conocimiento. Si la mercantilización de la fuerza de trabajo dominó la primera onda, y la mercantilización del dinero (capital financiero) dominó la segunda, entonces puede decirse que la mercantilización de la naturaleza y el conocimiento dominan la tercera onda, aunque no excluyan la (re)mercantilización de las otras.

Cada una de las tres ondas de mercantilización provoca un «contramovimiento» polanyiano para defender a la «sociedad»: la primera onda condujo a movimientos de carácter local; la segunda a los Estados reguladores; la tercera onda, el llamado neoliberalismo, ha generado contramovimientos a escala local y nacional, incluyendo regímenes nacionalistas tanto de derechas como de izquierdas. Hasta ahora solo ha habido débiles esfuerzos para regular la mercantilización donde más falta hace, es decir, a escala global: regular las finanzas internacionales, el cambio climático, el movimiento transnacional de fuerza de trabajo y los flujos globales de conocimiento⁴¹. Los contramovimientos actuales pueden incluir reacciones locales y nacionales, pero las pautas de la mercantilización bajo la tercera onda de mercantilización piden realmente un contramovimiento global eficaz, algo que Polanyi nunca consideró seriamente.

¿Cómo vamos a conectar estos contramovimientos con las utopías reales? En pocas palabras, las utopías reales pueden concebirse como contramovimientos parciales ante la mercantilización de estas mercancías ficticias. Pero esto requiere que examinemos el significado de «lo ficticio» y cómo puede conducir a contramovimientos. Aquí creo que hay tres respuestas. La primera es que Polanyi sostiene que la naturaleza, el trabajo, el dinero y ahora el conocimiento, nunca estuvo previsto que fueran mercantilizados. El trabajo trata de quiénes somos, la naturaleza sobre cómo existimos, el dinero es un medio de intercambio, el conocimiento es para mejorar la vida. En otras palabras, la mercantilización de

⁴¹ Véase M. Burawoy, «Marxism After Polanyi», en Michelle Williams y Vishwas Satgar, (eds.), *Approaches to Marxism in the Twenty-First Century*, Johannesburgo, 2013, capítulo 2.

estas entidades perturba nuestra *brújula moral*, porque viola la esencia de su existencia. En segundo lugar, la mercantilización es económicamente disfuncional: cuando unas mercancías ficticias son sometidas a un intercambio no regulado, pierden su valor de uso incluso hasta el punto de ser inutilizables, de convertirse en desechos, es decir, desmercantilizadas. También esto lleva a la protesta colectiva. Pero «lo ficticio» tiene un tercer significado que Polanyi no resaltó suficientemente. No son solo las *consecuencias* de la mercantilización las que son tan destructivas, sino la *producción* misma de una mercancía ficticia, es decir, el proceso de disociar la naturaleza, el trabajo, el dinero y el conocimiento, de su integumento social, proceso que otros han llamado *desposesión*⁴². El contramovimiento es entonces la acción colectiva inspirada por alguna combinación de opróbio moral, producción de desechos y desposesión.

Aquí se encuentra el significado de las utopías reales. Son un índice de los contramovimientos de Polanyi ante la mercantilización o, de manera más positiva, un índice de procesos de desmercantilización. La renta básica universal –o mejor, la provisión universal de servicios sociales para satisfacer necesidades básicas– es una respuesta a la mercantilización de la fuerza de trabajo, que implica la subyugación de las mujeres y la crisis de los cuidados, de la misma manera que la mercantilización no regulada genera elevados niveles de precariedad⁴³. Los bancos públicos y los presupuestos participativos son una reacción contra la mercantilización del dinero, de la creación de dinero a partir de dinero y del capital financiero. Las cooperativas agrícolas y de viviendas son una respuesta a la mercantilización de la tierra y del agua, mientras que los grupos a favor de la justicia medioambiental se organizan contra el saqueo de la atmósfera en el camino a su mercantilización a través del comercio del carbono. Wikipedia y la colaboración horizontal son un contrapunto a la mercantilización del conocimiento a través del capitalismo de vigilancia. El instituto que desarrolló Erik durante treinta años –el Havens Wright Center for Social Justice– con su organización colectiva, puede

⁴² Véase por ejemplo, David Harvey, *The New Imperialism*, Nueva York, 2003 [ed. cast.: *El nuevo imperialismo*, Madrid, 2004]; Michael Levien, *Dispossession without Development*, Nueva York, 2018; Klaus Dörre, Stephan Lessenich y Hartmut Rosa, *Sociology, Capitalism, Critique*, Londres, 2015.

⁴³ Véase, Nancy Fraser, «¿Un movimiento triple? Entender la política de la crisis a la luz de Polanyi», *NLR* 81, julio-agosto de 2013; Silvia Federici, *Revolution at Point Zero: Housework, Reproduction, and Feminist Struggle*, Nueva York, 2012 [ed. cast. *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2013]; Guy Standing, *The Precariat: The New Dangerous Class*, Nueva York, 2011 [ed. cast.: *El precariado. Una nueva clase social*, Madrid, 2012].

contemplarse como un contrapunto a la mercantilización del conocimiento en la universidad. Esta apropiación y reconstrucción de *The Great Transformation* es una manera de recuperar la contradictoria unidad del marxismo crítico y del científico, que apareció tan espontáneamente al comienzo de la carrera de Erik hace medio siglo.

Las utopías reales no pueden detener la expansión y la profundización del mercado, pero pueden proporcionar la base para un contramovimiento a la mercantilización de todo, una mercantilización que no es ni coyuntural ni contingente, sino que está sistemáticamente generada por el capitalismo para contener la crisis de acumulación. Así, las utopías reales de Erik representan algo orgánico para el capitalismo, esto es, la reacción contra la mercantilización. Si el capitalismo depende de la intensificación de la mercantilización, un movimiento en pro de la desmercantilización de todas las mercancías ficticias tiene el *potencial* para ser anticapitalista, pero no existe garantía de ello. En primer lugar, un contramovimiento contra la mercantilización es tan posible que salve al capitalismo de sí mismo como que lleve a su abolición. En segundo, un contramovimiento polanyiano puede asumir fácilmente una forma autoritaria, como con el actual populismo de derechas o antaño con el fascismo. La cuestión es cómo convertir un «contramovimiento» polanyiano en una «contrahegemonía» gramsciana, porque la desmercantilización solamente puede llevar más allá del capitalismo, si inspira un movimiento socialista. De ahí la importancia del compromiso de Erik con determinadas utopías reales y sus practicantes, vinculándolos en un movimiento anticapitalista que se orienta hacia un proyecto democrático-socialista⁴⁴.

Esta sería mi respuesta a los críticos que califican el proyecto de Erik de «socialismo neoliberal» o «marxismo neotocquevilliano», o que piden una «revolución intermitente»⁴⁵. Las utopías reales tienen que volverse parte de una gramsciana «guerra de posiciones» en la sociedad civil. La

⁴⁴ Un interesante contraste con el enfoque de Erik lo proporciona Wolfgang Streeck en *How Will Capitalism End?* (2016) [ed. cast.: ¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia, Madrid, Traficantes de Sueños, 2017], que considera que la caída del crecimiento, el aumento de la deuda y la creciente desigualdad acabarán en una decadencia y anomia crónicas, mientras que Erik, centrándose en la durabilidad del capitalismo, invoca utopías reales.

⁴⁵ Marion Fourcade, «On Erik Wright, Envisioning Real Utopias», *Socio-Economic Review*, vol. 10, núm. 2, 2012; Dylan Riley, «Neo-Tocquevillian Marxism: Erik Olin Wright's Real Utopias», *Socio-Economic Review*, vol. 10, núm. 2, 2012; Cihan Tuğal, «Intermittent Revolution: The Road to a Hybrid Socialism», *Socio-Economic Review*, vol. 10, núm. 2, 2012.

premisa clave es que las luchas ya no giran en torno a la «explotación», sino alrededor de la «mercantilización»⁴⁶. ¿Quiénes serán los agentes de esas luchas? Claramente la clase, como quiera que se defina, es un posible candidato, porque la indignación moral y las destructivas consecuencias materiales de la mercantilización afectan sobre todo a las clases inferiores, ya sean campesinos o trabajadores asalariados. Pero las alianzas entre clases también son posibles, ya que la mercantilización de la naturaleza, del dinero, del trabajo y del conocimiento, afecta a todo el mundo; la misma importancia tienen las diferentes y desiguales consecuencias para la racialización y el género. Hay muchos movimientos y alianzas potenciales, pero es probable que las luchas contra la mercantilización tiendan hacia la fragmentación y la localización. Solamente una poderosa ideología «contrahegemónica» puede hacer que el mercado sea un objetivo para la lucha socialista, habida cuenta de su capacidad para naturalizar su propio funcionamiento. Erik no solo proporcionó la base para semejante ideología; también fue un carismático propagador.

El Proyecto de Utopías Reales exige que regresemos al primer marxismo de Erik en el que la ciencia y la crítica iban unidas. Este aboga por una base científica para identificar las fuerzas que hay detrás de las utopías reales, así como las posibilidades de un compromiso político victorioso. La trayectoria de Erik le llevó del marxismo científico al marxismo crítico, pero ahora este último requiere una infusión de ciencia —una teoría de la dinámica del capitalismo y de cómo como es experimentada—, así como una ideología más elaborada para unificar luchas fragmentadas. Este es el problema que Erik nos ha dejado, un problema que yo abordaría vinculando las utopías reales con la mercantilización y analizando la desmercantilización como una reacción contra la mercantilización que viene impulsada por las sucesivas crisis de sobreproducción y rentabilidad.

⁴⁶ Estoy utilizando la palabra «explotación» en el sentido técnico utilizado por Marx: la extracción de plusvalor en la producción. El propio Marx decía que quedaba oculto tanto para el trabajo como para el capital, ya que parecía que a los trabajadores se les pagaba por todo el trabajo que entregaban. Siguiendo a Przeworski, Erik avanzaba una teoría del compromiso de clase basada en la capacidad del capitalismo de hacer concesiones que convertían las luchas alrededor de la explotación en luchas por la reforma. Finalmente, la tercera ola de mercantilización ha despojado a la clase trabajadora no solo del interés por desafiar efectivamente al capital, sino también de la capacidad para hacerlo. El hecho de que la mercantilización ofrezca mayores oportunidades para desafiar al capitalismo es algo que está por ver. Mi argumento descansa en la afirmación de que la mercantilización, en vez de la explotación, es la que refleja el descontento de la mayoría de la población mundial.

5. CODA: EL MARXISMO SOCIOLÓGICO

En *Reconstructing Marxism* (1992), Erik y sus coautores, Andrew Levine y Elliott Sober, se proponían clarificar los fundamentos del marxismo abordando su teoría de la historia y temas relacionados de la filosofía de la ciencia. Su idea de «reconstrucción» era analítica más que histórica. Aplicando perspectivas positivistas convencionales de la ciencia objetivista, prescindían de la historia del marxismo, del examen de textos icónicos y del contexto político y económico de su autoría. Para Erik, semejante visión histórica olía a religión y a dogma. Libre de la pesada carga de la tradición marxista, el marxismo analítico ofrecía un nuevo comienzo. Sin embargo, también amenazaba con señalar el fin del marxismo. Realmente, Erik era el único marxista analítico que mantenía una identificación con el marxismo. ¿Por qué? Sin duda hay diferentes respuestas a esta pregunta, aquí hago hincapié en una: su conexión con la sociología.

El marxismo analítico estaba dominado por filósofos, economistas y politólogos. Erik era el único representante de la sociología, y yo creo que eso fue lo que sostuvo su compromiso con el marxismo. Sin duda él solía decir que no estaba especialmente interesado por la sociología, pero después de pasar cuarenta años en un destacado departamento de Sociología, de leer los trabajos de estudiantes y colegas, de hacer críticas para revistas de sociología, de dirigir tesis doctorales en el campo de la sociología, de enseñar sociología a universitarios, de estar encerrado en discusiones con sociólogos, no podía evitar absorber la específica visión del mundo de la sociología. En la última década de su vida, su compromiso con la sociología fue más consciente y deliberado, especialmente después de que hubiera sido elegido presidente de la American Sociological Association. Puede que no llegara a casar el análisis de clase con las utopías reales, pero sí acabó casando la sociología con el marxismo, un desigual matrimonio dominado por este último. En última instancia esta es la razón por la que su legado es un marxismo sociológico en vez de una sociología marxista⁴⁷.

⁴⁷ Mi propio planteamiento de la «reconstrucción» era bastante diferente. Al abordar la suerte del marxismo en el periodo postsoviético tuve que enfrentarme con la historia del marxismo presentada por Perry Anderson en *Considerations on Western Marxism* (1976), que pretendía recuperar la teoría revolucionaria ante la retirada política del marxismo occidental [ed. cast.: *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Madrid, 2012]; con el trabajo de George Lichtheim, *Marxism* (1961), que presentaba una historia pesimista de la disolución del marxismo en la Revolución Rusa y su petrificación a medida que se volvía académicamente respetable [ed. cast.:

Como hemos visto, Erik tomó tres préstamos de la sociología. El primero era metodológico y consistía en revolver las herramientas del análisis de encuestas y de la estadística contra el marco teórico de la sociología. Tuvo que enfrentarse al desafío que había definido Audre Lorde cuando decía que las herramientas del amo «nos pueden permitir ganarle temporalmente en su propio terreno, pero nunca nos permitirán alcanzar un verdadero cambio»⁴⁸. Abordando este mismo tema, Erik escribió en mi ejemplar de *Class Counts* –la culminación de su análisis comparativo de clase– «Mira lo que ha pasado con la dialéctica revolucionaria...». El segundo préstamo de Erik era el punto de vista de la sociología sobre la sociedad civil, un préstamo elaborado en *Envisioning Real Utopias*, donde la lucha por el socialismo está basada en la reorganización colectiva de la sociedad civil. Las utopías reales debían empoderar lo social, debían devolver lo social al socialismo. El tercer préstamo de Erik se refería a los fundamentos morales de la sociología, de su compromiso con valores universales: igualdad/equidad, democracia/libertad, solidaridad/comunidad. Estos valores, que ya estaban presentes en *Envisioning Real Utopias*, pasaron a ser centrales en *How to Be an Anticapitalist*. Las utopías reales no trataban solamente del empoderamiento de lo social, sino de la realización institucional de valores compartidos que nunca podrían realizarse plenamente bajo el capitalismo. Era un curioso regreso, crítico pero inconsciente, al que había sido su punto de partida, el trabajo de Talcott Parsons, solo que ahora la euforia de Parsons sobre la sociedad estadounidense se proyectaba sobre un futuro socialismo todavía por realizar.

El marxismo, Barcelona, 1970]; y con *Main Currents of Marxism* (1978) de Leszek Kolakowski, una historia en tres volúmenes que degenera en un ataque a la Nueva Izquierda, cuando llega al periodo contemporáneo [ed. cast.: *Las principales corrientes del marxismo*, 3 vols., Madrid, 1980, 1982 y 1983]. Quizá la contribución más significativa del marxismo siguen siendo los *Quaderni del carcere* de Antonio Gramsci. Único entre los marxistas clásicos, Gramsci estaba preocupado por desarrollar una teoría de los intelectuales y, en consecuencia, por el contexto político y económico necesario para el florecimiento marxista. Inspirado por él he tratado de combinar lo histórico y lo científico considerando al marxismo como un programa de investigación científica en evolución, siguiendo la filosofía «positivista» de la ciencia de Lakatos. El «núcleo central» de premisas conceptuales del que se parte tiene sus raíces en los escritos de Marx y Engels, a partir de los cuales evolucionan sucesivos cinturones de teorías auxiliares que responden a las contradicciones y anomalías que surgen en determinadas coyunturas históricas. Utilicé la metáfora de un árbol dotado de raíces, tronco y ramas, algunas de las cuales progresan y otras degeneran. Véase M. Burawoy, «Marxism as Science: Historical Challenges and Theoretical Growth», *American Sociological Review*, vol. 55, 1990.

⁴⁸ Audre Lorde, «The Master's Tools Will Never Dismantle the Master's House», en A. Lorde, *Sister Outsider: Essays and Speeches*, Berkeley (CA), 1984, p. 112.

Por ello, recorrer la obra de Erik no supone simplemente encontrar una bifurcación entre el marxismo científico y el crítico, sino toparse con un compromiso productivo del marxismo con la sociología. Como señalaba Gouldner, por mucho que estén envueltos en mutuas polémicas, el marxismo y la sociología son como gemelos siameses: «El fallecimiento de uno presagia el fallecimiento del otro. Tienen un destino común no *a pesar* del hecho de que se hayan desarrollado en oposición dialéctica, sino precisamente *debido* a ello»⁴⁹. Los sociólogos tienen todas las razones para mantener encendida la vela del marxismo, ya que una gran parte de su *raison d'être* se encuentra en oponerse al marxismo. Por la misma razón, como muestra Erik, los marxistas también pueden tomar fructíferos préstamos de la sociología. El marxismo tiene un lugar especial en la historia de la sociología, y yo apuesto que también en su futuro⁵⁰.

El equilibrio entre la sociología y el marxismo cambia con el contexto político reflejando las fluctuaciones de los tiempos. Erik se mantuvo firme a través de todas ellas. Incluso cuando el marxismo estaba en retirada, Erik nunca vaciló. No esperó pasivamente a su renacimiento, sino que lo reconstruyó activamente pasando de su análisis de clase a su proyecto sobre utopías reales, atrayendo con entusiasmo a una nueva generación de socialistas, que entraban en el mundo académico y a una creciente comunidad de activistas dispersa por todo el planeta. Detrás de la reconstrucción que hace Erik del marxismo se encuentra un compromiso permanente con la verdad, la claridad, el diálogo, la comunidad y la justicia social. En sus últimos días elevó una cuarta dimensión del florecimiento humano: a la igualdad, democracia y solidaridad añadió el amor, una intensa emoción de reconocimiento e interdependencia mutua⁵¹.

⁴⁹ A. Gouldner, «Sociology and Marxism», en A. Gouldner, *For Sociology: Renewal and Critique in Sociology Today*, Nueva York, 1973, p. 401.

⁵⁰ Esta visión de la sociología no representa la perspectiva marxista convencional. Escribiendo en 1976 Perry Anderson abordó el desplazamiento del marxismo revolucionario por el marxismo occidental, que había sido diluido por el pensamiento burgués, incluyendo a la sociología. En esta interpretación, la sociología es una ideología que oculta o justifica el dominio burgués. No tiene ningún momento revolucionario. Paradójicamente, la obra de Anderson, *Considerations on Western Marxism*, obtuvo el premio de la American Sociological Association, indicando quizá el antagónico apego de la sociología por el marxismo.

⁵¹ Durante los últimos diez meses de su vida, liberado de tener que escribir para una audiencia profesional o política, Erik registró sus reflexiones sobre la vida y la muerte basándose en los acontecimientos diarios de la unidad de cáncer del hospital; sus múltiples relaciones con otras personas, su esperanza y desesperación por la humanidad, incluso mientras la enfermedad consumía su cuerpo. Disponibles en el blog Caring Bridge, fueron leídas, discutidas y admiradas por todo el globo. Una versión condensada la ha publicado Haymarket Books, E. O. Wright, *Stardust to Stardust: Reflections on Living and Dying*, Chicago (IL), 2020.

Erik no fue solo un arquitecto de la teoría de las utopías reales; también puso esa teoría en práctica. Poseedor de ricas y variadas capacidades, orquestó comunidades participativas allí donde fue, ya fuera con niños, familia, amigos, vecinos, estudiantes o colegas, empoderando así a otros para que realizarán sus propias y específicas potencialidades. Tanto en la práctica como en la teoría estuvo comprometido con un futuro en el que todos tendrían acceso a las condiciones para su florecimiento, condiciones que su privilegiada existencia le permitió disfrutar. Vivió bajo el capitalismo como si estuviera en el socialismo, dando un ejemplo a menudo imposible de seguir, pero siempre inculcando una imaginación de lo que podría ser. Dos marxismos, sí; pero un solo Erik Wright.



MarxFem

International Conference

Bilbao - October 15-17, 2020

Cinzia Arruzza

Tithi Bhattacharya

Lorena Cabnal

Elsa Dorlin

Nancy Fraser

Francesca Gargallo

Frigga Haug

Gayatri Spivak....

4ª Conferencia Internacional Marxista Feminista

CALL FOR PAPERS:

HASTA EL 15 DE MARZO DEL 2020

